

UN CHUPITO DE TÉ CON FLOR DE HIBISCO de Javier Marco Morte

El ventilador chirriaba con cada vuelta, emitiendo un suave pitido, como si el aceite no hubiera tocado su superficie desde que lo habían instalado. Era el único sonido en aquel bar, vacío salvo tres personas; dos clientes y el dueño. El sol caía a plomo en el exterior, con un fulgor desagradable que poco acompañaba a la humedad constante de São Miguel. Era verano, temporada alta, y la mayoría de la gente estaba en las playas de arena negra, volcánica, disfrutando del frescor del Atlántico, la adrenalina del surf y del peligroso juego cuya única regla era esquivar medusas capaces de mandarte al hospital con sólo darte una caricia.

Pero ellos dos se habían quedado.

Eran una pareja joven, un hombre y una mujer de apenas treinta años, que miraban ensimismados un cuadro del local que enmarcaba una tintorera, dibujada con un realismo extremo, propio de taxónomos. Y para colmo, en una plaquita que medio colgaba debajo, rezaba *Prionace glauca*. Sí, eso era obra de un taxónomo. Pero imposibles de clasificar eran los rostros de ambos, fascinados por el dibujo, como si vieran al escualo nadar en el papel.

-¿Cuánto crees que nos ha cambiado este sitio?- Y el hechizo se rompió. O mejor dicho y con corrección, entró en otra fase el conjuro, una más profunda. El joven tomó su vaso de Coca-cola y lo terminó de apurar con un trago apresurado, dejando que el hielo acompañara con su tintineo al ventilador. Y eso que estaba a la mitad el vaso. Apartó la mirada del cuadro y miró a su novia, esperando que respondiera la pregunta. Y había bastante premura en sus ojos.

-¿Cuánto?- La chica giró su cuello para clavarle sus ojos aguamarina, que contraían sus pupilas por efecto del sol. -Creo que no has sido tan *Tú* en lo que llevas vivo.- Las palabras brotaron de su boca mientras una sonrisa cruzaba su rostro del color de la cebada tostada. Él se reclinó sobre la silla de mimbre y madera vieja.

- Ahora puedo decir con total certeza que tus ojos son como los brotes de helechos de esta isla.-

-Ves, lo que te decía.- Para acentuar su argumento, tomó la punta del cucurucho de helado que se estaba comiendo y lo hizo crujir entre sus muelas. Su novio dio un respingo

exagerado, como si el sonido, en primera instancia leve, hubiera resonado por todo su cráneo.

En el fondo del bar, el dueño contemplaba la escena con satisfacción y una desdentada sonrisa de brujo.

-¿Y si nos vamos, cariño? Me está empezando a doler la cabeza horrores.- El hombre se llevó los dedos a la sien, cuyas venas le palpitaban con brío.-

-Anda, vamos cielo, no te vaya a dar un vahído.- Ella se levantó haciendo crujir también la silla de mimbre. Más vieja que ellos dos juntos. Le cogió del brazo y le ayudó a levantarse mientras lo miraba con detenimiento, analizando sus facciones. -Estás poniendo la misma cara que cuando notas que va a llover.-

Sí, su novio tenía mala cara.

-Ojalá pudiera hacer como en casa, mi amor, pero creo que solo es el calor mezclado con la humedad. Después de todo, no soy de aquí.-

Cuando salieron del local pudieron apreciar que el sol comenzaba a ponerse poco a poco en el horizonte, resistiéndose al momento de abandonar la visión de la isla. ¿Y quién en su sano juicio querría abandonar la isla sin resistencia? Se acercaron tomados de la mano a un mirador cercano, para contemplar mejor el paisaje que el astro rey no quería dejar sin su presencia. Vieron las olas chocar contra las rocas mientras mezclaban el azul del mar, el blanco de la espuma, el reflejo verde de las selvas de coníferas y los tonos cálidos del sol poniente. Innumerables pintores que chocaban contra la isla, mezclando sus colores en una paleta elemental, junto con una luz divina, sobrenatural. La selva envolvía a aquella deidad luminosa con un abrazo de misteriosos verdes, hogareños tierra y negros cargados de secretismo animal. Un inmenso cuadro del que ahora mismo la pareja formaba parte inseparable. El hombre comenzó a recapitular autores cuyas obras trataban de imitar semejante misticismo en un lienzo, y a su mente vinieron Van Gogh, Monet o Sorolla; aunque inclusive se parecía a un...

-Si miras allí, donde ese acantilado, el que tiene forma de un hombre acurrucado, parece un Malangatana ¿Verdad?- Los cabellos de su novia, brillantes como el Duero, se dejaron mecer por la brisa marina mientras decía aquellas palabras. Aquellas que no había asomado aún por su pensamiento. El cuerpo de la joven comenzó a tomar las formas de esas pinturas mozambiqueñas gracias al juego de luz y sombras, anulándose el sortilegio con un solo parpadeo.

Turbado por aquel fenómeno, el hombre abrió las puertas del coche. Un Citroen C3 rojo que desentonaba con toda la isla.

-Este coche me parece un extranjero en esta tierra.- Las palabras le salieron solas mientras encendía el motor, le dio un dulce beso en los labios a su novia y las ruedas comenzaron a moverse.

Ascendieron las numerosas cuestas de la isla mientras giraban en una adormecedora espiral por la ladera de la montaña, para llegar al domicilio que tenían alquilado. Habían ido a aquel pueblecito pesquero al otro lado de la isla por impulso, de igual manera a aquel bar con esa tintorera que se le había grabado en la retina. Pero para impulso el que iba a necesitar el coche para dar toda la vuelta. Al menos las vistas eran agradables. La selva atlántica iba durmiendo su mitad para que la otra despertarse sin ataduras, restallando con el sonido de los miles de insectos que nadaban en aquel mar de verdor ancestral. Cuando llegaron, pensaron que Jurassic park debería haberse filmado allí, que daba más el pego para una película de ese tipo. Pero tras el tiempo que llevaban en la isla habían aceptado que, en aquel lugar, los dinosaurios se habrían puesto a filosofar y a tratar temas del alma en vez de comerse al personal. Y eso no tenía emoción para la gran pantalla. Cuando miraba por el retrovisor a la izquierda sentía que el coche dejaba ecos de sí mismo, proyecciones rojas que subían por la carretera, al igual que la sangre en una arteria ¿Pero a donde? Era extraño, incluso como si algún demonio, nacido de las fumarolas que se agolpaban en el centro de São Miguel, le estuviera gastando una broma. Y una muy pesada. Pero si quería mirar al otro lado tenía a su novia con sus ojos clavados en el cristal, como si lo mirara a través del reflejo. Sintió que de alguna manera leía lo que estaba escrito en su espíritu.

Aceleró un poco. Como si eso pudiera librarle de la verdad.

Las sombras se fueron cerniendo a su vez sobre las casas de los azorianos, tragando los prados, los jardines cargados de flores tropicales y los huertos. Mientras el calor desaparecía a medias con la ausencia de luz, la imaginación del hombre brotaba como las fuentes termales que fluían bajo aquella tierra. Imaginó. Sí, imaginó lo maravilloso que debía ser criar a un hijo allí, paseando entre las coníferas prehistóricas, haciendo de la vida un cuento de hadas.

-He mirado antes en Google, y hay colegios muy buenos en Ponta Delgada.- Ahora sí que se le había helado la sangre, sin importar el calor veraniego. ¿Otra vez le leía el pensamiento? ¿Qué estaba sucediendo? El pelo de sus brazos se erizó mientras su pareja sonreía mirando las casas, imaginando. -Tranquilo, la isla nos ha cambiado a los dos.-

Imaginaba ser madre. Y él lo sabía.

Cuando llegaron al bloque de edificios, ya tragado por la oscuridad del Atlántico, subieron con esfuerzo las escaleras hasta llegar a su piso. Y eso que era el primero. Pero al caminar entre la penumbra sintieron que la resistencia del aire era mayor, como si estuvieran en las profundidades del Atlántico en vez de en tierra. Exhaustos, se desplomaron en los taburetes de la cocina. Se miraron en silencio con una extraña sonrisa en el rostro, pues había algo de reconfortante en aquella ausencia total de sonido.

Que fue destrozada por el poco, o nada, romántico mugido de una vaca.

-En esta isla solo hay selva, mar, cuevas y vacas ¿Por qué me resulta tan maravilloso?-
¿Quién de los dos lo dijo? Poco importó.

-¿Te apetece tomar un té, cariño?- Ahora sí que era ella con seguridad la que hablaba. Su novio asintió mientras ella se levantaba a coger la tetera de una de las estanterías. Para beber sería el té con flor de hibisco que compraron en las plantaciones de té de la isla. Turísticas y ecológicas. Y muy caras. El encanto de Europa.

Mientras su novia hacía el té, él la contemplaba absorto, como si la empezara a ver en ese preciso instante, después de varios años de relación. El vestido de flores que llevaba le quedaba muy bien, mejor que nunca, y sus curvas le recordaban a las montañas de la isla. Un paraíso de vida en medio del mar. Nunca la había visto así, y eso era mucho tiempo perdido. Con el silbido de la tetera llegó un trueno, y tras él, el repiqueteo de cientos y miles de gotas contra el caliente asfalto, aliviando la presión de las sienes del joven, como si hubieran desencadenado a una bestia que por fin era libre y alegre. Los dos se miraron como si vieran un fantasma en el rostro del otro. Se sintieron como dos desconocidos que se amaban y se empezaban a conocer. Todo mientras el olor del té se mezclaba con el de la tierra fértil, clamando vida.

-Me he fijado en que no quedan más vasos, están todos en el lavavajillas, excepto estos para chupitos ¿No te importa, amor?- Dejó los pequeños vasos cargados con el líquido humeante, teñido del rosa de la flor de Jamaica, en la mesa. Eran seis, tres para cada uno, como si fuera un bar de copas.

-Así me los tomaré con calma y sin quemarme.-

-Sin quemarte....-

-También nos podemos imaginar que son chupitos de esa ginebra rosa del Alcampo. Podemos emborracharnos de té y amor.- Su novia se sentó con una luminosa sonrisa en el rostro, blanca como la espuma de las olas, dejando que las flores de su vestido se movieran a merced de un viento proveniente de ninguna parte.

-Ves, otra vez estás siendo más tú que nunca.-

Bebieron en silencio, sin mediar palabra, pues no hacía falta, conversaban con la mirada y el viento que mecía las flores del vestido de ella. Ese viento transportaba todo lo que hacía falta de verdad. Tomaron un vasito, y luego otro, y luego otro. Necesitaron hacer otra tanda para intentar saciar una sed que aumentaba conforme la lluvia restallaba cada vez con más fuerza.

-Cariño, te está cayendo una gota por el labio.- Una perla rosa caía desde la comisura de la boca de su novia, conteniendo toda el agua del mundo, la solución a su sed. Era una catarata de respuestas.

-Entonces ven y quítamela.- Él se levantó con fuerza para acercarse a los labios de su pareja. Los exploró durante unos segundos que parecieron horas. Después la besó como si fuera la primera vez.

Los dos pudieron comenzar a beber mientras la tormenta bramaba, reclamando su premio, y el viento soplaba tempestuoso en el vestido, como si buscara arrancarlo.

En el lecho se buscaron a ciegas, con unos sentidos que acababan de despertar. Tocaban con manos que eran nuevas y respiraban la humedad de la isla, que brotaba de sus alientos. Se devoraron con un hambre marcada por el pulso de la tierra que sentían pisar bajo sus pies. Eran dos autómatas siendo reiniciados para ser verdaderamente autónomos. Él recorrió sus curvas, notando el cansancio de caminar cada sendero de la isla, destrozando su cuerpo en una caminata por una piel que parecía no terminar, entre jadeos que acompañaban al oleaje que rompía contra la habitación. Ella reclamó para sí la tormenta, calmando el viento en sus pulmones, y aplacando la sed de la tierra fértil en sus entrañas. Hacían por primera vez el amor como auténticos seres humanos, con pasión y magia primitiva.

Una vez el éxtasis abandonó el último átomo de sus cuerpos, durmieron como los recién nacidos que eran. Se abrazaron plácidamente mientras la somnolencia sustituía al placer. Soñando con tintorerías que nadaban entre bosque plagados de dinosaurios filósofos y demonios que bailaban entre fumarolas de leyenda.

El sol salió aclamado por el canto de los camachuelos, mientras las figuras entrelazadas en semipenumbra de la pareja se dibujaban con la entrada de los primeros rayos de luz en la habitación.

Al final sí que eran un cuadro genuino de Malangatana.

Se despertaron entre caricias y besos mañaneros. De nuevo hablaban con los ojos, o mejor dicho, con el alma, amando con todo. Sabían con seguridad religiosa lo que tenían que hacer y eso harían. Se vistieron con premura y tomaron de nuevo el coche, ahora menos extranjero.

Su destino era el aeropuerto.

Apretados contra el cristal vieron partir ese avión con los dos pasajeros que no volverían a ver. Allí embarcaron su ayer, y su 'lo que pudo ser', con la misma carga con la que llegaron a la isla, una maleta de costumbres y pensamientos desordenados; una pareja de no muertos, o no humanos, que marchaban a una tierra donde no había sombras que besaran con ternura la luz y donde la tierra siempre tenía sed de algo que desconocía. La pareja los miró con una sonrisa, con aquella mediante la que despides a un amigo de toda la vida ¿O sería mejor decir un enemigo al que conocían de toda la vida? Ya daba igual. Lo que importaba era la intención de la despedida.

El avión se perdió en el horizonte, acompañado por una escolta de oscuros pañños. Para que no volviera, claro está. Una vez perdido el vehículo, en el infinito del Atlántico, la pareja sonrió con más fuerza y retomaron el sendero de vuelta a casa. Esta vez a viva voz y con alegría, estrenando sus nuevas voces, como si fueran niños pequeños. Hablaban de un trabajo, de un colegio e incluso, entre risas, de adoptar una vaca que hiciera la función de cortacésped. Pero de lo que más hablaron fue de lluvia, de gotas de agua que habían calmado la sed que ignoraban haber poseído y de un viento capaz de mover con la pasión de un amante las flores de hibisco.